

El periodismo del siglo XIX en México

Margo Glantz

El periodismo, esa forma de literatura efímera que guarda la memoria colectiva, podría ser visto como una de las formas de la épica. Blanca Estela Treviño acaba de publicar La vida en México, que compila artículos que van de Fernández de Lizardi hasta Amado Nervo. Margo Glantz —nombrada recientemente doctora Honoris Causa por la UNAM— comenta esta obra ineludible para comprender las metamorfosis por las que pasó el país en el siglo XIX, decisivas para entender el México actual.

I

Acaba de presentarse la compilación que en dos tomos preparó Blanca Estela Treviño sobre el periodismo del siglo XIX con el título *La vida en México* (Jus, UANL, INBA, Conaculta, México, 2010). Gran conocedora de ese siglo, estudiosa de muchos de los autores incluidos, la autora sabe muy bien que es necesario acudir a la prensa si se quiere tener una idea precisa de la historia política, literaria y cultural de México en esa centuria. A pesar de que la mayor parte de la población mexicana era iletrada, las páginas de las múltiples publicaciones periódicas surgidas de manera efímera o persistente en nuestro país desde finales del virreinato hasta los tiempos de don Porfirio registran cómo se gesta una nación, al tiempo que se producen dramáticos cambios históricos, a saber la revolución de Independencia, el Imperio de Iturbide, la Repú-

ca, las contiendas entre liberales y conservadores, el santanismo y la anarquía, las dos grandes intervenciones extranjeras, las guerras de Reforma, el Imperio de Maximiliano, la República Restaurada, el Porfiriato y el inicio de la Revolución; siglo en que además se alteran las mentalidades, se gestan nuevos géneros literarios y se transforma de manera paulatina el papel que tanto la prensa como sus colaboradores tuvieron en el panorama nacional.

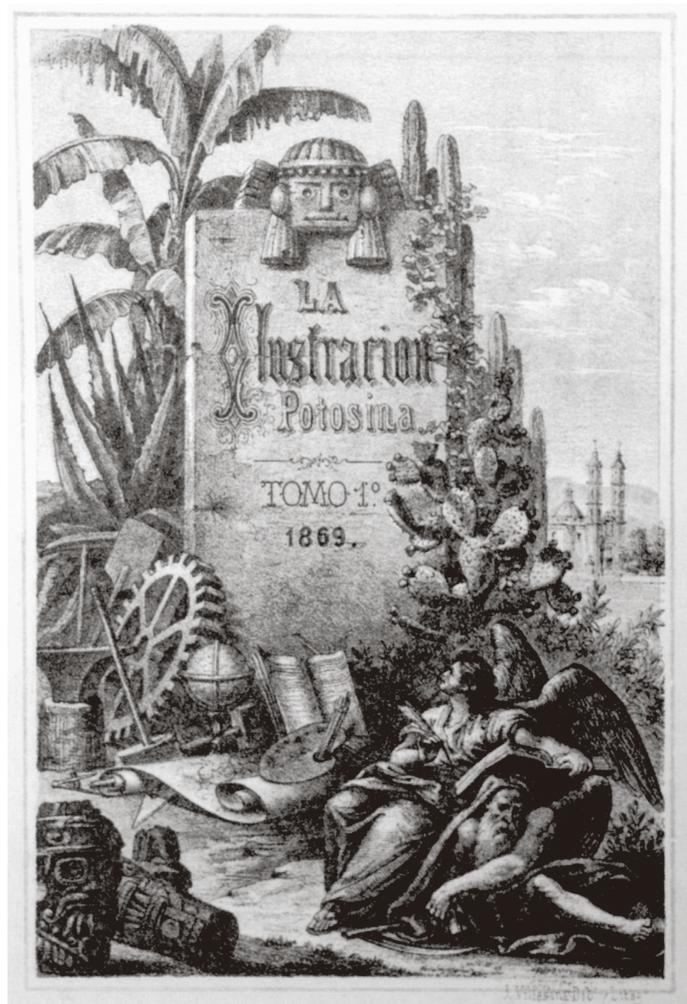
El primer tomo comprende los años de 1812 a 1910 —de la Independencia a la Revolución—; en él se coleccionan escritos publicados en la capital y se subraya la enorme centralización que ha aquejado siempre a nuestro país, así como el carácter eminentemente político del periodismo surgido desde la Independencia hasta el inicio del Porfiriato cuando varios de los colaboradores de la prensa eran a la vez hombres de pluma y de espada. Blanca acota:

Debido a las contingencias históricas y a las experiencias que vivieron cada uno de los estados del país, la prensa adquirió un papel preponderante en la contienda entre liberales y conservadores, y por lo mismo un carácter de combate político.

Sí, nunca está de más recordarlo, la mayoría de quienes escribieron en los periódicos de la primera mitad del siglo fueron a la vez nuestros más importantes escritores y algunos de los más destacados hombres de Estado, los forjadores de la emergente nación, autores como José Joaquín Fernández de Lizardi, *El Pensador Mexicano*; Carlos María de Bustamante, Guillermo Prieto, Manuel Payno o Francisco Zarco. O Claudio Linati, quien trajo a México el primer taller de litografía y en 1826 fundó el primer periódico propiamente literario de México, *El Iris*, con Florencio Galli y José María Heredia, tres extranjeros que se avicinaron en México, participaron en la política e inauguraron una nueva forma de mirar conservada en las litografías costumbristas del impresor italiano. Las colaboraciones de José Tomás de Cuéllar y de Ángel de Campo marcan un cambio definitivo en la manera de producir periodismo, acentuado aún más en las crónicas modernistas de Manuel Gutiérrez Nájera, Amado Nervo y Justo Sierra, para desembocar en las postrimerías del XIX y principios

del siglo XX con Luis G. Urbina, José Juan Tablada y López Velarde.

Ambos tomos llevan el mismo nombre y distinta cronología, el segundo abarca de 1849 —después de la guerra de Tejas— a 1910 y se organiza a partir de una investigación realizada por Dulce María Adame, de la que Blanca Treviño selecciona, dato muy novedoso e importante en este tipo de antologías, distintas crónicas y artículos publicados en diferentes ciudades de la República donde, como en la capital, abundaban las publicaciones periódicas. Las enumero, impresionada: Puebla, Mérida, Jalapa, San Luis Potosí, Guanajuato, Aguascalientes, Nayarit, Hermosillo, Villahermosa, Texcoco, Oaxaca, Veracruz, Saltillo, Querétaro, Uruapan, Zacatecas, La Paz, Colima, Mazatlán, Culiacán; allí se editaban los textos de los escritores locales y los que se aposentaban por un tiempo en provincia, por ejemplo: José Tomás de Cuéllar quien en San Luis Potosí fundó *La ilustración potosina*, o Amado Nervo, en su ciudad natal Tepic, que publicaba bajo los pseudónimos de Román y Joie, o Ramón López Velarde, quien bajo el de Aquiles publicó en Aguascalientes y, más tarde, con su nombre, en Guadalajara, antes de trasladarse a México, poseedor ya de una prosa que anunciaba a un poeta: “Madero me es simpático”, escribe en *El regional* de Guadalajara, en 1909. Y continúa: “En la





ergástula de los hombres públicos del día, y aun fuera de ella, causó Madero, por su independencia de *rara avis*, la misma sorpresa que le produjeron a Cook las zorras de la fauna boreal”.

II

Como decía yo antes, esta selección permite advertir de manera meridiana no sólo las transformaciones del país a medida que avanzan los años, sino también las metamorfosis de la actividad periodística. Lizardi, a caballo entre el Virreinato y la Independencia, escribirá crónicas en verso donde describe a la ciudad y a los diversos tipos de habitantes que la pueblan, privilegiando su aspecto picaresco. Carlos María Bustamante opta por cabalgar entre la prosa y el verso para dar sus noticias y, todavía un poco a la usanza de los diaristas de siglos pasados, reproduce con clarividencia unas décimas que circulan por la ciudad para documentar en 1822 la futura actividad de Santa Anna, en ese momento adversario de Iturbide:

Cuando Santa Anna animoso / la República proclama,
/ por el Gobierno se llama / un malvado y ambicioso.
/ Diga el gobierno engañoso / ¿quién tendrá más ambición,
/ Quien pretende con razón / repú-

blica e igualdad / o aquel que la Libertad / le ha robado a la Nación?

Linati, por su parte, en 1826 dirá, quizás anticipando el decreto de su expulsión del país:

Así como no hay nada más eficaz, no hay nada más peligroso que la concentración de poder en un solo individuo. El hombre es siempre hombre... y la ambición le acompaña hasta el sepulcro. ¿Quién pues, sin desconocer la teoría del corazón humano, puede asegurar que un jefe revestido de un poder ilimitado no abuse de él para erigirse en árbitro del destino de sus semejantes?

Palabras proféticas, que resuenan aún en 1859 en las de Francisco Zarco (Fortún):

Actualmente son tres los partidos políticos en que se divide la República: los republicanos, los conservadores y los santanistas. Trazar la historia tenebrosa que estos bandos han causado y los diferentes aspectos con que ha aparecido para disputarse sucesivamente el poder sería escribir la historia de nuestra patria con pormenores tan curiosos e interesantes que le darían la forma de la novela. No es éste nuestro intento; no queremos recordar hechos vergonzosos para todos y funestos para la nación; no queremos tampoco emprender el estéril trabajo de pintar todas las fases, todos los cambios que han sufrido los partidos y los varios sistemas que se han esforzado por sostener. Vamos sólo a examinar el estado actual de los partidos: tenemos derecho de inquirir imparcialmente cuáles son sus tendencias, para calcular si alguno de ellos puede hacer la felicidad de la nación, si el pueblo, en fin, puede dar crédito a sus programas y depositar su confianza en las notabilidades del partido.

III

Estos tomos contienen un material riquísimo, imposible de explorar en un breve espacio; por ello me detendré apenas en algunos puntos.

Guillermo Prieto optará a menudo por el cuadro de costumbres, que son, dice Blanca, “una propuesta estética animada por el deseo de influir en la transformación de la sociedad”.

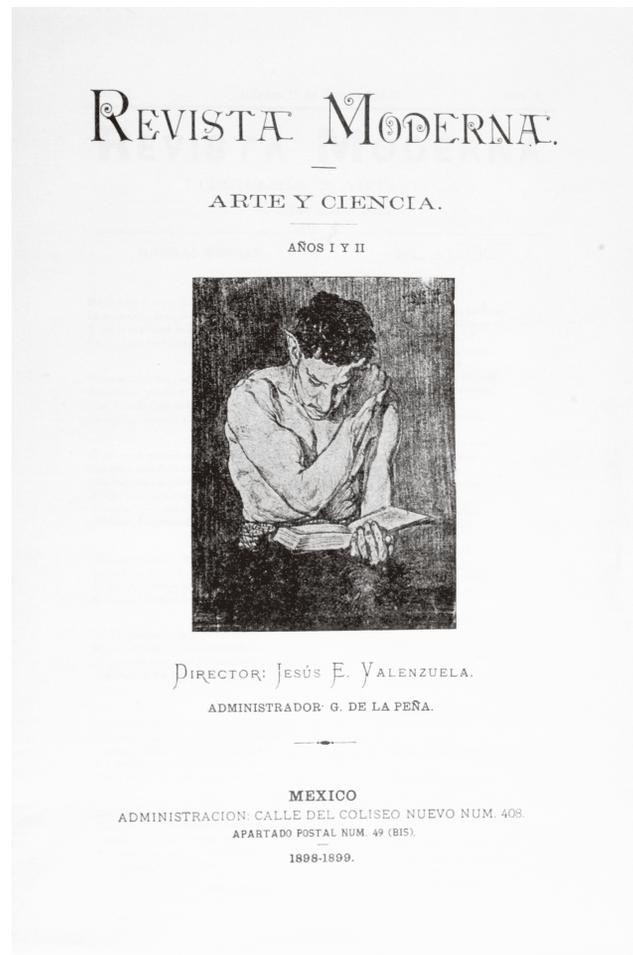
En el prólogo de su *Viaje a los Estados Unidos* relata Prieto sus juegos de infancia y su gusto por los caleidoscopios, llamados por él “esas cajitas de vidritos” y en las *Memorias de mis tiempos* se refiere brevemente a la linterna mágica como instrumento narrativo, mismo que habrá de ser utilizado después y de manera tan especial por José Tomás de Cuéllar, no sin razón llamado, como Fidel, escritor costumbrista. Prieto sabe muy bien

lo que está haciendo y constantemente advertimos intercalaciones textuales o metatextos en donde explica su sentido:

¡Buen chasco se lleva quien busque en este libro observaciones profundas, estudios serios, animadas descripciones, sino en descolorida imitación los vidritos del cuento... Es decir se trata de charla, y charla tendrán los que quieran comprar esta cajita de vidritos!

Una cajita de vidritos permite visualizar, gracias al doble diminutivo y a la fragmentaria consistencia de la visión, un relato desmenuzado, expuesto a una constante fragmentación y a un movimiento incesante, y por tanto a cambios imprevistos de foco, esbozos rápidos, deslumbramientos, bosquejos inacabados. Esta manera de mirar es sistemática y constituye una norma de organización del relato. Como en los pintores o los grabadores de ese tiempo, el ojo del narrador contempla cuadros dinámicos pero pasajeros de la realidad cotidiana, los fija como tipos o como costumbres y va trazando con ellos un panorama, tema estudiado también por Walter Benjamin, algo que se extiende ante nuestros ojos con rápidos brochazos, sin ánimo de profundizar, y a la vez carece de un sistema de selección muy definido: se capta todo lo que alcanza la mirada y el conjunto está hecho por fragmentos, gente o situaciones entrevistas por casualidad —o por costumbre— en ciertas zonas para conformar un paisaje que la mirada capta a vuelo de pájaro.

Los vidritos conforman tipos, esos tipos pintorescos que en los cuadros de costumbres se dibujan en su apariencia visual y en sus comportamientos. Y la etopeya es fundamental, en realidad diseña las “fisiologías”, tan en boga durante la primera mitad del siglo XIX en Francia, visitadas también por Blanca: “Guiados por el empirismo y la medicina comparatista, así como por la fotografía y la pintura, los escritores costumbristas se dan a la tarea de recuperar, mediante imágenes trazadas con palabras, la vida de la ciudad y de los seres que la habitan”, cosa que, creo yo, había empezado antes a hacer Linati en sus litografías. Un ejemplo en México, añade Blanca, fue el libro *Los mexicanos pintados por sí mismos* (confeccionado entre otros por Ignacio Ramírez, Niceto de Zamacois, Hilarión Frías y Soto). Las fisiologías vendrían a ser una forma de observar, sin reflexionar demasiado sobre ellos, los cambios que se van perfilando en una sociedad, en sus personajes, en sus calles, en sus actividades cotidianas o en las extraordinarias, pero aunque se construyan retratos es necesario activarlos, vivificarlos; como en las cajitas de vidritos hay que recomodarlos para que las figuras digan algo. Prieto llegó a cultivarlas también. La fisiología o anatomía de un personaje o de los tipos o costumbres se congela y nos re-



mite a especímenes científicos interesantes, dignos de contemplación pero ya muertos, como las mariposas coleccionadas y clavadas con un alfiler en las cajas de los coleccionistas, objetos bonitos, objetos curiosos simplemente, y como tales, cercanos a los caleidoscopios que pueden, si queremos, constituir y revivir lo que el ojo ha captado meramente por curiosidad.

IV

La preocupación por el estilo es una de las novedades que el romanticismo introduce en la crónica, preocupación que se intensificará a finales del siglo, cuando el periodismo es cultivado por autores que hicieron de él una profesión lucrativa o por lo menos una profesión que les permitiera ganarse la vida, además de dedicarse a escribir sus obras de creación:

Conviene subrayar que el desarrollo de esta nueva manera de hacer crónica fue posible debido a la pacificación del país, cimentada en la derrota del Imperio de Maximiliano y a la Restauración de la República [explica de nuevo Blanca...]. Esta circunstancia fue propicia para que los escritores pudieran ejercer la escritura de manera constante, pues contaban con el tiempo necesario para hacerlo, así como para emprender la creación de publicaciones más regula-

res. Asimismo, porque la paz que trajo consigo la restauración posibilitó el florecimiento de la vida social que ofrecía el material más provechoso y pertinente, que fue del que se ocuparon Altamirano y sus contemporáneos en las revistas, variedades y en las crónicas de la semana.

v

¿Qué función desempeña el escritor mexicano durante el Porfiriato? Es evidente que como en otras partes de América Latina y Europa, con la institución de un gobierno moderno los escritores que habían tenido un papel primordial en los asuntos militares y políticos del país fueron desplazados y a veces relegados a puestos menores de la diplomacia (Altamirano, Payno, el mismo Cuéllar), papel que de alguna manera algunos intelectuales recobrarían parcialmente después con el Ateneo de la Juventud, la Revolución de 1910 y el paso de José Vasconcelos por la Secretaría de Educación Pública. Antes del advenimiento de la dictadura de Díaz, la literatura debía estar al servicio de la nación y su función era didáctica.

En su libro *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, el inteligente crítico portorriqueño Julio Ramos afirma:

La modernización era una utopía proyectada por el grado de formalidad que proveía la escritura en un mundo carente (aunque ya deseante) del saber científico, propiamente moderno, y donde ya se sospechaba el peligro de la dependencia de los países monopolizadores de ese saber. En la república de las letras, la escritura se autorizaba extendiendo su dominio sobre la contingencia y anarquía del mundo representado, en un sistema en que representar era ordenar el “caos”, la “oralidad”, la “naturalidad”, la “barbarie” americana. Así, entre las letras y el proyecto modernizador, que encontraba en la escritura un modelo de racionalidad y un depósito de formas, había una relación de identidad, no simplemente de “reflejo” o semejanza.

Por su parte, Blanca Estela Treviño explica que

...el cronista como productor de imágenes de la sociedad contribuyó a elaborar un esquema sobre los modos de vida de las clases subalternas, aplacando su peligrosidad o reduciendo los efectos nocivos de su presencia en la sociedad burguesa, al advertir sus vicios y procedimientos. En las crónicas urbanas será frecuente encontrar denuncias contra la mendicidad, la prostitución y el alcoholismo.

Podría decirse que el largo periodo de anarquía vivido por la sociedad mexicana durante la primera mitad

de su vida independiente (1821-1870), en parte marcado por guerras de religión, logró separar institucionalmente a la Iglesia del Estado. El triunfo de los liberales y la nueva sociedad laica, en un país que había sido muy católico, dejó un gran vacío moral que exigía ser llenado, función asumida por los escritores liberales, convertidos en los nuevos sacerdotes laicos, erigidos en conciencia ética de la sociedad y en constructores de una idea nueva de nación liberal cuyo máximo exponente y líder sería Ignacio Manuel Altamirano con un programa-manifiesto verbalizado en sus ensayos sobre literatura nacional.

Otra figura importante en este sentido sería Cuéllar, quien ya en pleno Porfiriato, imposibilitado para desempeñar un papel preponderante en la escena política, cosa en que, por otra parte, nunca igualó a sus compañeros de generación, asume en sus artículos periodísticos y en su *Linterna* el oficio de educador y utiliza sus textos a la manera de las parábolas que en los sermones servían para fustigar las costumbres y moralizarlas. En un largo artículo publicado en Santander en 1892 y recogido en esta valiosa antología, utilizando el modelo del diálogo platónico, fustiga a quienes descuidan un capítulo esencial para él, la educación:

Nada hay más funesto y trascendental para el adelanto de una sociedad que esa pasiva conformidad e indiferencia de las clases superiores, que viene a rayar en optimismo... En primer lugar, debemos hacernos cargo de la descuidada y trascendentalísima importancia de la educación...

vi

Micrós, Gutiérrez Nájera, Nervo son menos apasionados de los grandes temas, tan socorridos por sus antecesores: la época ya no lo requiere ni lo permite. Sus crónicas esbozan una épica cotidiana, donde la moda, los inventos de la modernidad (la luz eléctrica, el ferrocarril, el asfalto, las bicicletas...), los sitios de reunión pública —cafés, teatros, calles—, o la intimidad de las alcobas o la belleza de las mujeres ocuparán el sitio primordial. Oigamos a Ángel de Campo hablar sobre algo en apariencia insignificante: los ruidos de la ciudad:

Cada ciudad tiene su voz propia, sus exclamaciones particulares, su ruido especial, algo que es como el conjunto de todos los rumores de sus iglesias, sus fábricas, de sus calles, de sus gentes y animales y no puede representarse por notas, ni simbolizada con signos: algo que se aprende, como los idiomas extranjeros, de oído, por impresión directa.

Gutiérrez Nájera, el Duque Job, dedica todo un artículo ¡a los focos!:

Los *gomosos* han notado que la luz eléctrica pone más de relieve las partes calvas y las superficies desteñidas de una levita. Las mujeres sospechan que los átomos de polvo de arroz o crema oriza aumentan de volumen cuando el rayo, desprendido de los grandes focos, viene a herirlos. Toda mujer pintada debe abstenerse cuerdamente de pasar por las calles que ilumina el foco eléctrico. A esa luz byroniana los poros del cutis se hacen más visibles y los ungüentos de Coadray dan a los rostros cierto parecido con los de las bailarinas en *Roberto el diablo*. Los trajes, en cambio, lucen mejor. Una falda azul parece la ola de un río alemán iluminado por la luna. La seda adquiere tintes y espejos maravillosos. Los encajes parecen alas de libélula y las plumas de ganso, plumas de faisán.

En 1907, poco antes del conflicto revolucionario, Laura Méndez de Cuenca, autora a la que se había prestado poca atención y que recientemente ha sido estudiada por Pablo Mora, enarbola un feminismo precoz:

Porque téngase bien entendido que, en el concepto del hombre, el ángel del hogar de sus sueños ha de ser una bestia de reata, sin individualismo, ni responsabilidad, ni nada. Su criterio ha de ser el del señor su padre, el señor su hermano, el señor su esposo o su hijo; sus luces, cuando luces le entren en la mente, deben ser reflejos de las del

varón que hace para ella de jefe de familia, el pretexto para que si el señor es artesano, no se emborrache más que los domingos, si estudiante, pinte venado con menos frecuencia; si militar, falte menos al cumplimiento de su deber... Esto que hoy llaman feminismo y que ha llenado de alarma al sexo masculino no es en realidad nuevo más que como impulso de solidaridad. Como fermento ha existido desde que el hombre apareció en la tierra...

Heriberto Frías habla de política; en septiembre de 1910 critica al Porfiriato, en vísperas de la Revolución; lo hace con la autoridad que le concede el “peligroso” puesto de director del periódico *El Constitucional*, al que ha sido elegido por el Centro Antirreeleccionista de México:

Hay que advertir que el verdadero enemigo de las libertades y de la justicia es la corte que gobierna. Si el rey en cuyo nombre maniobra no gobierna, deja de ser verdaderamente rey para convertirse en mera abstracción y espectro. Y el señor presidente de la República, general don Porfirio Díaz, gracias a la corte científica que lo embalsama en vida, después de sacrificarle, reina, pero no gobierna: ya es, por ellos, como voluntad soberana y única, pura abstracción. La corte que lo ha sacrificado y embalsamado: he ahí el enemigo. **U**

